

lecturas •



Las verdades de un país*

Clara Jusidman

Empezaría señalando que no es tarea fácil hacerse el propósito de leer de un tirón todo el texto. Hay que leerlo pausadamente por varias razones: por la riqueza de información que sistematiza y aporta, por lo abrumador de los casos que le sirven a la autora para documentar sus afirmaciones sobre la diversidad de formas usadas en nuestro país para mentir, por los distintos aspectos de nuestra vida social que toca —pues incluye todos los temas que importan actualmente— y, principalmente, por la amargura y el escepticismo que muestra.

Como diríamos coloquialmente, no deja títtere con cabeza; ni a la clase política, ni a los liderazgos sindicales, ni a los empresarios, ni a las organizaciones de la sociedad civil, entre otros actores sociales. Resulta así un cuestionamiento profundo de la forma en que los mexicanos y las mexicanas nos relacionamos y construimos y desconstruimos nuestras instituciones, legislación, políticas, programas, nuestros afanes y luchas, nuestros intereses y creencias, nuestros conflictos.

Una cualidad enorme de la autora consiste en sustentar, en la primera parte, cada modo de mentir con ejemplos expuestos de manera muy sintética, pero contundente. Son sólo dos o tres líneas en las cuales logra de manera magistral sintetizar el significado del caso expuesto en relación con el argumento que está tratando de sostener. Es así como la lectura de algo que podría tornarse árido y reiterativo, como son las mil y una formas de mentir, se vuelve ágil y amena, porque además los ejemplos

* Texto leído en la presentación de *País de mentiras* de Sara Sefchovich, el 16 de febrero 2009.

usados tratan de situaciones de la vida social y política que muchos hemos registrado por los medios de comunicación o en las conversaciones o intercambios que sostenemos sobre el acontecer de la vida del país.

Hay párrafos con un sarcasmo doloroso, como es la dramática escena en que describe cómo dos trabajadores de protección civil gordos y viejos, que no saben nadar, tratan de salvar la vida a dos personas que finalmente se ahogan en una inundación y cuyos cuerpos son rescatados por un buzo privado.

Se reúnen en el texto tres habilidades particulares de Sara: su talento como narradora, su acuciosidad como investigadora y su fantástica capacidad de observación, con su mirada crítica y constante, del acontecer cotidiano en el país.

A pesar del gran escepticismo que se muestra en el texto, pues uno se pregunta constantemente y ¿después de esto qué? me suicido, me encierro en mi casa, abandono el país; Sara no deja de ser una optimista y de pensar que algo se puede cambiar, que algo podemos hacer. Si no lo pensara no se habría tomado la molestia de llevar y organizar un registro tan detallado de datos y hechos para sustentar su profunda crítica a la sociedad mexicana.

Su participación en los medios de comunicación, en la investigación de fenómenos muy específicos de la realidad mexicana como es entre otros, la vida de las consortes y la producción de un texto como *País de mentiras*, nos hablan de una persona comprometida con su tiempo y con su país que denunciando, apoya —parafraseando a Jesús Reyes Heróles—, y que seguramente piensa que al poner en evidencia, al visibilizar y exponer el absurdo de nuestra realidad, algo se puede cambiar.

De la segunda parte del libro relativa a las grandes mentiras, alcancé a revisar dos capítulos: el relacionado con los derechos humanos y el relativo a democracia, ambos colocados por la autora dentro del grupo de mentiras para consumo externo. La lectura es muy amena, pues contiene un recorrido histórico y una revisión conceptual del tratamiento de los temas incluidos en esta segunda parte. Es un manejo distinto al de la exposición que utiliza en la primera parte.

En el apartado de derechos humanos, Sara hace una síntesis muy interesante del origen del movimiento de organizaciones de la sociedad civil en defensa de los derechos humanos, así como de la enorme y costosa institucionalidad que hemos desarrollado para su defensa y protección. Lo hace recogiendo materiales que ha ido acumulando a través de entrevistas, declaraciones y textos de actores importantes. Lamentablemente, concluye que a pesar de los recursos, los esfuerzos de la sociedad civil, las instituciones y todos los instrumentos internacionales que México ha firmado y que son todos los expedidos por organizaciones internacionales, la situación en materia de derechos civiles y humanos es que cada vez en el país hay más desaparecidos, más torturados —y ni un solo torturador en la cárcel—, y que aumenta la criminalización de la protesta social, la desaparición, muerte y amenaza de los defensores de derechos humanos, entre los cuales se encuentran los periodistas.

Si ampliáramos el concepto de derechos humanos usado en el texto, para incorporar los derechos humanos económicos, sociales, culturales y del medio ambiente, los resultados no serían menos desalentadores: falta de trabajo, despidos injustificados, precarización de las condiciones laborales, deterioro de la calidad de los servicios públicos de salud y educación, negligencia médica, discriminación de las personas diferentes, colusión de las autoridades laborales con grupos de interés empresarial y sindical, una lamentable calidad y un reducidísimo tamaño de las viviendas construidas en todo el país por las empresas inmobiliarias que hicieron grandes negocios en complicidad con la administración foxista y continúan haciéndolos.

En el capítulo relacionado con la democracia, tal vez me hubiera gustado más que Sara hubiera escuchado la opinión de los activistas ciudadanos o cívicos, pues si bien la sociedad civil organizada es diversa, no toda asume las agendas impuestas por los centros de poder, ni promueve el individualismo, ni está por la desaparición del estado y el reino del mercado, ni se dedica a la asistencia, ni se arroga el representar a todos los ciudadanos. Posiblemente una de las capacidades menos de-

sarrolladas en el país tiene que ver con la práctica del dialogo social democrático, de construcción de acuerdos, de educación para la paz y, por ello, resulta difícil trabajar en la diversidad social. No sabemos escucharnos, no reconocemos que todos vivimos en el mismo país y que es importante saber escuchar, tener empatía y respeto por el otro, para poder llegar a alcanzar acuerdos. En eso sigo siendo más optimista que lo que relata la autora y pienso que posiblemente es uno de los pocos caminos para restablecer alguna posibilidad de gobernanza.

Quisiera pensar que lo que narra Sara en términos del desastre que es nuestro país por el constante abuso de los recursos públicos y violación de los derechos humanos de los mexicanos, por la persistente simulación, inconsistencia, incongruencia y ausencia de ética pública, e incluso por la maldad, perversidad, cinismo y desvergüenza de nuestra clase política, no siempre ha sido así, y que se ha agudizado porque las pocas herramientas de control social que existían como eran la denuncia pública y el rechazo colectivo a conductas que aunque no eran sancionadas por la ley, sí significaban el retiro de los perpetradores de sus actuaciones en la esfera pública y la cancelación de sus carreras políticas, se han agotado.

Ahora tenemos tantos mecanismos de denuncia pública y de evidencias constantes de abusos a través de los medios de comunicación —sistemáticas violaciones a la ley por los funcionarios y servidores públicos, por las empresas nacionales y transnacionales, por los bancos, por las telefónicas, por las empresas de turismo, por las mineras, o por personas de altos ingresos, y ya no se diga por el crimen organizado, por las policías, por el ejército— sin que pase nada, sin que haya castigo, sin que desaparezcan de la esfera pública los que han cometido los abusos denunciados y que en cambio campee la impunidad y el cinismo.

Hemos perdido la memoria o preferimos mirar a un lado ante un diputado corrupto que antes contendía por el PRI y ahora lo hace por el PANAL o por el Partido Verde. Un secretario de Hacienda autoritario e intransigente, que ahora es director de una telefónica española, y comete todo tipo de trapacerías para beneficiar a esa empresa de una red óptica desarrollada por la

CFE en todo el país y que nos costó a todos los contribuyentes 4.5 mil millones de pesos.

Los acaparadores de la riqueza social nos vienen a dar cátedra de cómo enfrentar la crisis para que ellos puedan seguir acaparando, los solapadores de pederastas comprobados nos hablan de la familia y la pérdida de valores porque las mujeres ya no están recluidas en sus casas, las autoridades electorales deciden no sancionar a las empresas televisoras que sistemáticamente las han retado y subordinado porque ahora les prometieron que se van a portar bien y van a cumplir la ley que violaron flagrante y públicamente.

Por ello, como plantea Sara en su texto, los ciudadanos tenemos una profunda desconfianza, nos abstenemos de votar, no respetamos más a las figuras públicas, hacemos sorna de ellas y lamentablemente, tenemos niveles de participación en la cosa pública verdaderamente lamentables.

Muchos pensamos que mientras no nos metamos entre las patas de los caballos podemos pasarla bien. Eso es una gran mentira, pues la corrupción e ineficacia del estado nos afecta cotidianamente de manera evidente por los prolongados tiempos que pasamos en el incontrolable tráfico de las ciudades, por el aumento constante de precios y tarifas de los bienes y servicios, tanto públicos como privados, por el aumento en los impuestos que tenemos que pagar y que nunca redundan en mejores servicios; pero más preocupantes son las formas sutiles y no tan evidentes pero terriblemente dañinas, que inciden en nuestra salud y de nuestros hijos, como es el uso de anabólicos y antibióticos sin control del gobierno, en la producción de carne, leche y pollo, por la cantidad de materias contaminantes que se liberan en la atmósfera —y sobre los cuales ya han dejado de informarnos, como nos dice la autora— o por la destrucción sistemática y sostenida de la valiosa diversidad biológica que tenía nuestro país con la anuencia de las autoridades de turismo o la mirada echada a otro lado de las responsables de la protección del medio ambiente.

Parecería que muchos hemos decidido sobrevivir en el desastre general que está ocurriendo en el país mientras no nos afecte personalmente, mientras no secuestren, encarcelen

o maten a alguien cercano, mientras no perdamos nuestras fuentes de ingreso y podamos seguir manteniendo un cierto nivel de vida, mientras uno de nuestros hijos no caiga en adicciones, *pero nos cuesta trabajo entender que sí estamos siendo afectados todos los días* silenciosa, pero persistentemente, y cada vez en más ámbitos de nuestra vida.

Un libro para reflexionar y debatir ampliamente en colectivo y una base fundamental para las clases de civismo y de ética. Felicidades y un reconocimiento a Sara Sefchovich por su gran valor e inteligencia •

Sara Sefchovich: *País de mentiras*, Océano, México, 2008.